

**«Y LOS DÍAS GOTEABAN SANGRE»: EL OTRO Y SU
(RE)CONSTRUCCIÓN A TRAVÉS DE LA MALDAD EN *UNA ISLA EN
EL MAR ROJO* (1939), DE WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ¹**

**«Y LOS DÍAS GOTEABAN SANGRE»: THE OTHER AND ITS
(RE)CONSTRUCTION THROUGH EVIL IN *UNA ISLA EN EL MAR
ROJO* (1939), BY WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ**

Francisco David García Martín
Universidad de Salamanca

ABSTRACT

Reflection on the concept of evil can take on very varied aspects in the context of a confrontation between two opposing groups. The process of building the other, which leaves behind reason and the evaluation of characteristics to resort to generalization, can become the ideal basis on which to carry out the dehumanization and objectification of the individual, as it happened during the Spanish Civil War. In this paper we intend to analyze the interrelation between the recreation of the exogroup and its ascription to a certain concept of evil, as presented in the novel *Una isla en el mar rojo* (1939), by Wenceslao Fernández Flórez. In this work, the reality of what happened is entwined with fiction throughout a plot in which the notion of evil is clearly encompassed, in a narrative that presents Republicans as the kernel of vileness. Evil is fictionalized in this novel, at the same time that it becomes an instrument of political action; lines that we intend to expose below.

¹ Este trabajo de investigación ha sido cofinanciado por el Fondo Social Europeo y la Consejería de Educación de la Junta de Castilla y León.

Key words: Wenceslao Fernández Flórez, Spanish Civil War, dehumanization, otherness, Manichaeism.

RESUMEN

La reflexión sobre el concepto del mal puede tomar aspectos muy variados en el contexto de un enfrentamiento entre dos grupos opuestos. El proceso de construcción del otro, que deja atrás la razón y la evaluación de las características para recurrir a la generalización, se puede convertir en la base ideal sobre la cual llevar a cabo la deshumanización y objetualización del individuo, tal y como sucedió durante la Guerra Civil española. En este trabajo pretendemos analizar la interrelación existente entre la recreación del exogrupo y su adscripción a un determinado concepto de maldad, tal y como se presenta en la novela *Una isla en el mar rojo* (1939), de Wenceslao Fernández Flórez. En esta obra, la realidad de lo sucedido se confunde con la ficción a lo largo de unas páginas en las que la idea del mal es delimitada con claridad, en una narración que presenta a los republicanos como la quintaesencia de la vileza. El mal es ficcionalizado en esta novela, al mismo tiempo que se convierte en un instrumento de la acción política; líneas que pretendemos exponer a continuación.

Palabras clave: Wenceslao Fernández Flórez, Guerra Civil española, deshumanización, otredad, maniqueísmo.

Fecha de recepción: 27 de junio de 2022.

Fecha de aceptación: 10 de octubre de 2022.

Cómo citar: García Martín, Francisco David (2022): «“Y los días goteaban sangre”: el otro y su (re)construcción a través de la maldad en *Una isla en el mar rojo* (1939), de Wenceslao Fernández Flores», en *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 6: 279-300.

DOI: <https://doi.org/10.15366/actionova2022.6.012>

INTRODUCCIÓN

MIRANDA

Abhorred slave,
Which any print of goodness wilt not take,
Being capable of all ill! I pitied thee,
Took pains to make thee speak, taught thee each hour
One thing or other. When thou didst not, savage,
Know thine own meaning, but wouldst gabble like
A thing most brutish, I endowed thy purposes
With words that made them known. But thy vile race,
Thought thou didst learn, had that in't which good
natures
Could not abide to be with. Therefore wast thou
Deservedly confined into this rock,
Who hadst deserved more than a prison.

CALIBAN

You taught me language, and my profit on't
Is, I know how to curse. The red plague rid you
For learning me your language! (Shakespeare, 2007:21)².

La pregunta sobre el mal, sus límites y su alcance, ha sido una constante en la historia de la literatura universal. La vileza, rechazada como máximo a evitar, ha sido, sin embargo, constantemente tergiversada en favor de un determinado grupo o posición sobre el mundo. La maldad, por lo tanto, no solo tiene una dimensión teórica e ideal —que busca desentrañar su realidad y términos—, sino también una funcionalidad como instrumento de control y de lucha ideológica. Así como el personaje shakesperiano de Miranda no entendía cómo es posible que Caliban, considerado como un simple salvaje, se rebelara contra ella en palabra después de todas las supuestas bondades que le había ofrecido, los escritores franquistas que escribieron durante la Guerra Civil española también muestran en sus novelas esta concepción maniquea del conflicto con el diferente, en la cual la incomprensión ante la rebelión del sometido —ya sea de palabra o de acto— es resuelta mediante la adscripción de este otro al domino de la maldad; hecho que en sí mismo —sin reflejo en la realidad— les sirve para solucionar el conflicto.

El objetivo de este trabajo es plantear las interrelaciones existentes entre el concepto de maldad y los procesos de deshumanización y de otredad que se llevaron a cabo contra los

² De entre las múltiples traducciones al castellano de *La tempestad*, el lector interesado podría acercarse a la realizada por Luis Astrana Marín en Alianza Editorial (2016).

republicanos durante la Guerra Civil española. Pretendemos estudiar —a través del análisis de estos elementos en la novela *Una isla en el mar rojo* (1939), del escritor Wenceslao Fernández Flórez— cómo el diferente, el exogrupo, es construido en oposición a la conciencia sobre el propio endogrupo, de tal manera que las características del diferente, del otro, sean utilizadas precisamente como medio para caracterizar aquello que no existe en la concepción ideal de dicho endogrupo. La obra narra las peripecias de uno de los refugiados falangistas que, tras el estallido de la Guerra Civil en la ciudad de Madrid, debe acogerse al amparo de una de las legaciones de la capital hasta que, más de un año después, logre huir a la zona bajo control franquista. Con esta meta, comenzaremos con un breve acercamiento a las diferentes visiones que, desde la filosofía y el pensamiento, se han llevado a cabo sobre el concepto del mal, para después adentrarnos en el análisis de la novela propuesta desde el paradigma de la otredad. De esta manera, podremos mostrar cómo la maldad fue utilizada por Fernández Flórez —y, por extensión, por la ideología franquista— como un elemento clave de su visión maniquea sobre la guerra, según la cual su grupo era concebido como un compendio de virtudes frente a la degradación máxima y a la vileza extrema que fue ficticiamente asignada al «rojo»; el exogrupo artificial construido con el objetivo de recoger en su seno a todos aquellos que no encajaban en la visión política e ideológica que sobre España tenía este autor.

1. LA PALABRA COMO CREADORA DE LA MALDAD

La reflexión sobre el ser humano y su significación no solo ha sido una constante en la historia de la literatura universal, sino que puede ser considerada una de las grandes incógnitas sobre las que más se han planteado preguntas de difícil respuesta. Desde múltiples disciplinas, los límites y la relación del individuo con la moral y con conceptos de tan dificultosa definición como son lo bueno y lo malo han sido cuestionados y evaluados con la perenne intención de descubrir —o, al menos, intentar acercarse— a lo que somos. Sin embargo, a pesar de su problemática, esta búsqueda —irresoluble en su infinitud teleológica— ha cimentado gran parte de la motivación humana en muchas de sus obras —tanto colectivas como individuales—. Y todo ello, tal y como expresaba Foucault, a partir de un ser que no solo es en sí mismo la fuente del conocimiento, sino también de la duda y el desconocimiento:

Parce qu'il est doublet empirico-transcendantal, l'homme est aussi le lieu de la méconnaissance, —de cette méconnaissance qui expose toujours sa pensée à être débordée par son être propre, et qui lui permet en même temps de se rappeler à partir

de ce qui lui échappe. C'est la raison pour laquelle la réflexion transcendantale, sous sa forme moderne ne trouve pas le point de sa nécessité, comme chez Kant, dans l'existence d'une science de la nature (...) mais dans l'existence muette, prête pourtant à parler et comme toute traversée secrètement d'un discours virtuel, de ce non-connu à partir duquel l'homme est sans cesse appelé à la connaissance de soi (2004: 264).

La pregunta sobre el mal, sus características y su extensión debe partir necesariamente de la realidad humana sobre la que es interpretado. La maldad parte de una consciencia del hecho que la une, de manera imprescindible, a la razón y al juicio sobre un determinado acto. Y es desde la complejidad y la falta de confianza en la reflexión del ser humano —ante la falibilidad que le es connatural— desde donde debe partir el análisis sobre este aspecto de nuestra naturaleza individual. Un paradigma que une la ignorancia a la deducción, dentro de un espacio que asume la importancia del ego, del yo, como centro del que surgen tanto la maldad y la bondad como la interpretación de las mismas. Pues no debemos olvidar que, de la lucha interna del sujeto consigo mismo y contra el mundo, es de donde han surgido individuos como, por poner un ejemplo, Adolf Hitler: «las diatribas contra todo y contra todos eran propias de un ego desmesurado que necesitaba desesperadamente la aceptación y era incapaz de asumir su insignificancia personal, su fracaso y su mediocridad» (Kershaw, 2015: 71).

A mediados del siglo pasado, Hannah Arendt, al reflexionar sobre los procesos de deshumanización que se llevaron a cabo en los campos de concentración, consideraba que «We attempt to understand elements in present or recollected experience that simply surpass our powers of understanding. We attempt to classify as criminal a thing which, as we all feel, no such category was ever intended to cover. What meaning has the concept of murder when we are confronted with the mass production of corpses?» (1958: 441)³. En un mundo que ha vivido los horrores del holocausto, la reflexión sobre lo que es el mal absoluto le lleva, curiosamente, a relacionar esta noción no solo con los procesos de esperanza y acción, sino también con la idea misma del pensamiento, tal y como se puede entrever en sus escritos (Newman, 2014: 62). Es la falta de razonamiento, según este postulado, la que llevaría a crear tal horror, en un proceso que utiliza el lenguaje como medio para justificar un hecho —sin entrar en su crítica—, en vez de establecer un proceso dialéctico que podría, precisamente, servir para evitar la comisión de este mal. Se trataría, por lo tanto, de un mal capaz de escapar de todo tipo de lógica, y que es visto por Arendt como un elemento fundamental en los procesos de deshumanización (Bernstein, 2002: 19-21). Se trata de una concepción que también entraría en relación con la visión de Shakespeare, autor que:

³ Este libro de Hannah Arendt ha sido traducido al castellano como *Los orígenes del totalitarismo* (2006) por Guillermo Solana Díez en Alianza Editorial.

«similarly surrounds Macbeth's descent into sin with evil visitations, premonitions, and hallucinations, but he commits no actual evil until he consciously chooses to throw off prior warnings and even his own initial decision not to succumb to temptation» (Gimelli Martin, 2016: 165). Un tipo de vileza que también se vivió durante la Guerra Civil española; periodo durante el cual, como expone el historiador Paul Preston, en el mensaje transmitido por las derechas:

iba implícito que los defensores de la República eran seres infrahumanos y por tanto había que eliminarlos como a bichos pestilentes. (...) En toda Europa las élites amenazadas y sus masas de seguidores expresaban el temor a la izquierda mediante el uso del término «extranjero», y lo describían como una enfermedad que ponía en peligro a la nación y exigía de sus ciudadanos una profunda tarea de purificación nacional (2011: 41-42).

La falta de razones y el uso del lenguaje como medio de propaganda marcan una degeneración de la visión del exogrupo que coincide, a grandes rasgos, con el mal radical del que hablaba Hannah Arendt. La vileza transmitida en el discurso de las derechas —la cual también se presenta en el discurso de aquellos miembros del PCE que eran firmes defensores de Stalin— da muestra de cómo funciona el proceso de deshumanización que se manifiesta a través de la palabra. Solo a través de esta combinación de factores es posible entender cómo obras como la de Wenceslao Fernández Flórez pudieron construir una imagen del «rojo» —entendido de manera genérica— como la quintaesencia de la degeneración y de la falta de humanidad. El republicano, visto como una enfermedad de raigambre extranjera —concretamente soviética—, estaría así directamente relacionado con la vileza. El mal tomaba forma, de esta manera, gracias al discurso, mientras el vocablo en sí era utilizado, paradójicamente, sin ninguna razón que pudiera sustentarlo.

2. EL MAL Y SU PAPEL EN LA REELABORACIÓN DE LA MEMORIA

La extensión del mal en una sociedad ofrece una serie de problemas para su estudio, tanto acerca de sus límites como sobre su significación y la conciencia existente sobre el mismo. La razón que guía un determinado acto debe ser distinguida de la justificación sobre el mismo, pues únicamente la calificación inicial de una acción no conlleva necesariamente que podamos atribuirle un condicionante ético (Formosa, 2007: 60). Ya desde la propia diferenciación entre lo que son actos meramente equivocados y aquellos que son producto de una genuina maldad se nos presenta la necesidad de distinguir estos hechos por su naturaleza cualitativa, por el grado y la trascendencia

que representan (Garrard, 2002: 320-321). Aquellos actos reprobables por una determinada sociedad no tienen por qué serlo por otra. En el mismo sentido, cuando el concepto de maldad es ampliado a campos como la conducta o el estar en sociedad, tanto sus fronteras como su mero reconocimiento pueden ser puestos en duda según a qué individuo se pregunte. La disyuntiva sobre dónde estaría la distinción, aunque esta sea difusa y porosa en sí misma, no nos impide llegar a ciertas generalizaciones sobre actos o hechos acerca de los cuales no existen dudas sobre su calificación. En dichos eventos, tanto la intencionalidad como la barbarie y la atrocidad mostradas pueden permitir que se llegue a un acuerdo sobre su consideración, aunque se trate de extremos. De tal manera que: «If an action is so horrendously bad that one cannot conceive of oneself as performing it, or conceive of any reasonably decent person as doing it, and the action is done deliberately and intentionally, in knowledge of what one is doing, then that action is evil» (Singer, 2004: 196). Ya sea entendido como una parte connatural al ser humano, o como un hecho a combatir, el mal surge en la conciencia humana de unas sociedades que deben enfrentarse a un mundo demasiadas veces impredecible y aparentemente carente de sentido (Kelsey, 1974: 7-8). El hecho de que podamos distinguir con claridad la maldad más aberrante, pero no aquella que se entremezcla con nuestra vida diaria, es prueba de cómo estamos ante una línea de gradación de gran complejidad e indefinición (Babic, 2004: 234-235). La misma noción de lo bueno que guía gran parte de nuestra ética —y sobre lo que nos basamos diariamente para dar una significación moral a muchas de nuestras acciones cotidianas— está intrínsecamente relacionada con la de su contraparte. Incluso aunque sus límites y su definición puedan resultar difusas, la consideración de lo que es bueno precisa de la existencia de lo malo, para tener sentido en sí misma como parte de una comparación donde se otorga a la elección un papel preponderante (Mackenzie, 1911: 267) —aunque también existan visiones, como la legada por la filosofía estoica, según las cuales ambos conceptos serían mutuamente excluyentes y contradictorios entre sí (Long, 1968: 342)—. Todo ello dentro de un dualismo que, a partir de las enseñanzas chinas, puede ser entendido como un determinante interno dentro del individuo:

Either way, then, what Confucian ethics suggests is that, regardless of whether we privilege the evil-avoiding or good-producing aspects of morality, the connection between human agents and morality is a deeply internal affair, a connection such that concerns with moral self-cultivation and the minimisation of evil ought to be placed at the centre of human life. Moreover, all this can be done without needing to resort to anything as remarkable as the notion of Evil (Perrett, 2002: 318).

El mal se convierte, de esta manera, en un aspecto escurridizo y difuso de la humanidad que no solo depende de la manera de observar el mundo y al individuo que se tenga, sino también al modo de concebir una determinada sociedad. Es entendido como un hecho connatural a ciertas personas, presente de manera independiente a la visión que se tenga sobre ellas. Un elemento situado al extremo de lo despreciable, de lo repulsivo, que merece ser considerado como tal por sí mismo, y que es construido desde parámetros como la idea de corrupción y vileza que se puede observar en la obra de Tolkien (Treloar, 1988: 58). Sin embargo, incluso a pesar de estas consideraciones, la adscripción particular de esta etiqueta a un determinado hecho no deja de estar sometida a la visión subjetiva y al relato que sobre él se presente. Por ello, en la obra de Fernández Flórez, los republicanos son concebidos desde el más abyecto rechazo, como un otro que concentra en sí mismo todos los males posibles, pues la sociedad que nuestro autor aspira a defender es construida en oposición «a la baja depravación de los rojos» (Fernández Flórez, 1966: 729).

El endogrupo se construye así, a lo largo de *Una isla en el mar rojo*, a partir de la oposición. Lo relevante no serán, por lo tanto, los rasgos particulares de la colectividad que este autor defiende. Las características del nosotros serán aquellas que puedan ser extrapoladas a partir de la visión presentada sobre el exogrupo. Tal y como explicaba Edward Said sobre estos procesos de construcción del diferente: «A los orientales raramente se les miraba directamente; se les contemplaba a través de un filtro, se les analizaba no como a ciudadanos o simplemente como a gente, sino como a problemas que hay que resolver, aislar o –como las potencias coloniales abiertamente hicieron con su territorio– dominar» (2010: 279). La visión sesgada de Fernández Flórez incidirá, por lo tanto, en esta reelaboración de lo que es un republicano, hecha por y para los intereses de su propio endogrupo. El rojo se convertirá, de forma maniquea, en arquetipo de todo lo malo, en un proceso de transformación de este concepto que partirá de los rasgos externos asignados a sus integrantes para acabar en la imposibilidad de salvación. Todo ello dentro de un proceso de justificación de un conflicto que procura evitar las consecuencias morales e ideológicas de atacar al semejante para, al construir un exogrupo diferenciado donde sean incluidos todos aquellos a los que pretendes oponerte, el ataque contra ellos sea visto como una consecuencia natural e, incluso, como una necesidad.

El enemigo no tiene caracteres propios, sino que es elegido y fabricado precisamente por quien intenta justificar su necesidad de defensa. Es más, la propia existencia del endogrupo se encuentra ligada a esta exigencia de protección contra la maldad del exogrupo ideado. Es por ello que el Franquismo procuró, desde los primeros momentos hasta el final de la dictadura, construir

y mantener su ideal de lucha contra el otro republicano –el cual, paradójicamente, no puede llegar a desaparecer del discurso pues forma parte íntegra de él–. La reconstrucción de un pasado ideal de la nación que desplace la verdad también es uno de los elementos de este proceso (Stanley 2018: 22-23); un elemento de gran importancia para la configuración del endogrupo y que se sirve también de procesos como el olvido programado que llevó a cabo el Franquismo (Colmeiro, 2015). La destrucción del exogrupo republicano a través de relatos como el que estudiamos sirvió así para culminar un proceso que no acabó con el final de la guerra, y que buscaba tanto la imposición militar como la ideológica. Y dentro de este proceso, la memoria tuvo un papel de enorme relevancia:

El nuevo régimen un notable interés, esfuerzo, legislación y medios materiales y humanos a la edificación de la propia memoria, mientras destruía la del periodo republicano. Silenciando en unos casos, sustituyendo en otros, destruyendo de pasada, a la vez que erigía en su lugar, y demoliendo sin sustitución, los menos, la política del «Nuevo Estado» pareció dedicar un amplio espacio a la edificación de las bases ideológicas y mentales sobre la aniquilación realizada por las armas, sobre el terreno conquistado al enemigo, en suma. De ahí que, en una historia comparada, pudiera ser analizada de forma diferencial la destrucción de la memoria que realiza este régimen, que se erige sobre las armas, de la emprendida por otros, que se constituyen por distintos mecanismos de sustitución, como las transiciones democráticas del último cuarto del siglo XX en Europa del Sur y del Este y en América Latina (Cuesta, 2008: 153).

3. UNA ISLA EN EL MAR ROJO Y LA DEMONIZACIÓN DEL CONTRARIO. EL MAL COMO INSTRUMENTO

Una isla en el mar rojo (1939) es una obra de guerra, no solo por su temática sino por la intención que refleja la escritura de sus páginas. A través de ella, Wenceslao Fernández Flórez (La Coruña, 1885-Madrid, 1964) –franquista de gran reconocimiento dentro del futuro régimen dictatorial (Preston, 2011: 644)– reflejó su visión particular de la experiencia personal que él mismo había vivido durante el conflicto, desde los primeros días de confusión en los que su mundo burgués se derrumbó a lo largo y ancho de la capital hasta su huida de la zona controlada por el gobierno republicano a través de la frontera pirenaica con Francia, pasando por su estancia como refugiado en una de las legaciones diplomáticas de Madrid. La obra, caracterizada por Andrés Trapiello como «medio novela, medio diario de cautiverio» (2010: 279), se sumerge en el miedo y el odio que se vivieron durante la guerra para conformar su visión particular tanto de la España pasada como del proyecto que se procuraba elaborar desde el bando sublevado. Publicada

originalmente por Ediciones Españolas en Madrid e impresa en Santander, ha sido situada por el propio autor (1966: 553) y por otros especialistas (Martínez Cachero, 2009: 298) como una obra entre la novela y la historia, debido a su fuerte componente autobiográfico, su prematuro éxito dentro de la zona sublevada permitió que pronto Fernández Flórez fuera considerado como uno de los grandes novelistas de la causa franquista, pues su obra fue: «uno de los grandes éxitos de la posguerra ya que en el espacio de meses se agotaron varias ediciones» y «abundaron entonces los comentarios elogiosos, congratulándose los firmantes de la vuelta de Fernández Flórez y, también, de su postura comprometida a favor del bando nacional» (Martínez Cachero, 2008: 297).

Una isla en el mar rojo tiene como hilo conductor la explicación de cómo el mal se ha adueñado de España —concretamente de la ciudad de Madrid, donde se desarrolla toda la acción—. La revolución que, según Fernández Flórez, habría triunfado en la capital tras el golpe de Estado del 18 de julio de 1936, representa, de esta manera, el paradigma de todo lo que esta idea de vileza supone. Toda la trama y todo el esfuerzo novelístico del autor se centrarán, a lo largo de sus páginas, en intentar explicar cómo la destrucción del orden establecido y el desprecio hacia la religión habrían supuesto la ruptura de unas necesarias cadenas cuyo valor estaría en impedir que la verdadera naturaleza humana se manifestase:

Son obreros, empleados, tenderos, chóferes... Y son centenares, millares... Es la maldad que revienta dentro de los odres humanos a favor de la temperatura revolucionaria. Porque el hombre es malo, y en serlo se encuentra tan a gusto como el guerrero que para descansar se libra de su coraza. Esta es la gran verdad que se nos revela de repente ahora, contra lo que nos habían predicado los pensadores de la Revolución francesa. Descubrimos a nuestra costa que para que el prójimo ponga freno a sus espantosos instintos le hacen falta dos sentimientos: el temor de Dios en el otro mundo y el temor a la gendarmería en este. Porque hasta la obediencia al Señor vacila y se ablanda en muchísimos casos si al elevar los ojos al cielo no tropieza la mirada con el tricornio de la Guardia Civil (1966: 635-636).

Esta visión maniquea y reduccionista de la sociedad que nos muestra Fernández Flórez en su novela transparente, además, una visión negativa del ser humano que no solo lo concibe como un reducto de maldad, sino que considera que esta es connatural al mismo, y debe ser debidamente reprimida para que la sociedad pueda seguir existiendo. La maldad sería así el sustrato natural sobre el que resultaría necesario construir cualquier modelo de convivencia; una especie de estado base que precisaría de ser controlado para que su mismo efecto destructor no acabara con cualquier atisbo de organización. Esta visión tan pesimista del hombre responde al esfuerzo de este autor por justificar el modelo de sociedad burgués y conservador en el que cree, de tal manera que la represión ejercida desde las clases sociales elevadas para mantener la servidumbre de las clases

medias y bajas es escondida tras el velo de la violencia y del miedo. Un perverso recurso al terror que justifica no solo la animalización del contrario y la imposición del orden y de la religión sobre la población, sino que también permite demonizar a aquellos cuya lucha y cuyos ideales intentarían ser ocultados por una propaganda franquista que dibujaba a los golpistas como aquellos que «represented the cause of Christianity, order and Western civilization against “Asiatic Communism”» (Beevor 267)⁴; para lo cual se servirían de documentos falsos en los que se alertaba de un supuesto peligro comunista contra el país. La revolución de la que habla la novela — en la cual, según historiadores como Hugh Thomas, se mezcló tanto la alegría de muchos trabajadores como los sangrientos desafueros de ciertos grupos de milicianos (2018: 273)— se construye así como la justificación necesaria no solo para atacar de manera completamente maniquea al otro republicano, sino también para ocultar la oleada de represiones ejercidas por los sublevados: «el triunfo obligó a regar con sangre las calles y barrios de la mayoría de esas capitales. Para cortar de raíz las resistencias, los militares sublevados tuvieron que emplearse a fondo. (...) Aquel movimiento patriótico no podía permitir ninguna oposición. Y los que lo intentaron, lo pagaron» (Casanova, 2014: 191).

El golpe de Estado y la guerra que le siguió se convierten así, dentro de la novela, en un elemento necesario para procurar una paz siempre resbaladiza y difícil de aprehender: «Eso que llamamos la paz no ha sido más que un breve descanso para tomar fuerzas y seguir la lucha. Recuerda la Historia. Sin duda hay años de quietud; pero son los de un pequeño paréntesis entre dos crueldades» (Fernández Flórez, 1966: 569). La necesaria ambigüedad de la guerra en sí misma (Schott, 2008: 136-137) es desechada en un intento de justificar la violencia que respalde el nuevo régimen que ya se está construyendo. En línea con la visión pesimista sobre el ser humano que apuntábamos anteriormente, el ideal de la paz se convierte en un interludio dentro de la perenne lucha contra la maldad. Esta misma violencia, connatural al hombre, es utilizada precisamente para justificar —en este caso por elisión— los desafueros y la represión llevada a cabo por los sublevados, como mal necesario frente a la crueldad desplegada por el enemigo. El lenguaje de la obra se construye, de esta manera, como un instrumento más para justificar una espiral infinita de violencia y sangre que sirva para esconder las luchas de poder existentes.

La separación establecida por los sublevados entre los que consideraron sus enemigos y quienes eran sus aliados se refleja, de manera negativa, en la narración de Fernández Flórez. El orden social anterior al golpe de Estado, y cuya repentina desaparición narra esta obra, no deja de

⁴ Obra del historiador británico que ha sido traducida al castellano por Gonzalo Pontón como *La guerra civil española* (2015).

ser un intento de mantener unas separaciones interesadas que solo eran capaces de beneficiar a un reducido grupo de personas. La defensa teórica de estos privilegios que se ve en la obra no deja de asumir la voluntad de restauración de un sistema de diferenciación que esconde, en sí mismo, el germen de su desaparición: «El verdadero peligro para la concordia es legislar estableciendo diferencias entre los ciudadanos, en derechos y en deberes, según el grupo en el que se les «integre». Ésa es la lógica mortífera de la segregación. Se ha de recordar que el individuo es el único sujeto de derecho legítimo y no el grupo al que se le asimila con gran riesgo para su libertad» (Pena-Ruiz, 2008: 207). Las tensiones que surgen de esta segmentación artificial de los grupos humanos, según la cual cada persona es adscrita a un determinado espacio sin que tenga apenas —por lo general— poder de decisión al respecto, supone un grave daño de las libertades individuales que, a pesar de la crítica mordaz de Fernández Flórez, no dejan de mostrarnos las imposiciones y la servidumbre a la que eran sometidos muchos españoles de la época. Un ejemplo lo podemos encontrar en la siguiente escena, en la que una criada estalla ante la señora de la casa en la que sirve después de que esta le impida disfrutar de su día libre:

— ¡Estoy harta de aguantar sus impertinencias, que no dejan vivir! Llevo siete años sufriendoles a todos, y a usted más que a nadie, y no sé cómo no me he ahogado de rabia. Pero ¡esto se acabó!...

La cólera cortó sus palabras. Doña María protestó arrebatadamente:

— Sí, siete años... En eso debías pensar... Siete años comiendo el pan de mi casa... Así pagáis...

— ¿El pan de su casa?— gritó la otra—. ¡Las sobras de su mesa! ¡La carne dura y las frutas pasadas, y cuanto ustedes no podían tomar, para el servicio...! Y en el mes de noviembre tuve que pedirle a usted una manta más porque me moría de frío, y me la dio a regañadientes, porque aún no era invierno. Y muchos domingos que me toca salir, me retiene usted hasta las seis de la tarde. Y me ha llamado torpe mil veces, porque usted insulta a los que están por debajo... (Fernández Flórez, 1966: 644).

Aunque esta escena es introducida para acentuar esta ruptura del orden establecido contra la cual se construye la novela, los argumentos y las palabras de la criada son un buen reflejo de las malas condiciones laborales y vitales soportadas por muchos de los ciudadanos de la época, quienes pasaban sus vidas sometidos a los designios caprichosos de la burguesía a la que pertenece el protagonista de esta obra. Pareciera, según los argumentos utilizados por el personaje de Doña María, que el mero mantenimiento alimenticio de una persona es justificación sobrada para el uso de la misma en todo tipo de quehaceres, sin respetar un mínimo de libertad personal que le permita realmente vivir, y no solo sobrevivir.

Las consecuencias del golpe de Estado, la ruptura del orden público que se produjo en Madrid, permitió, de esta manera, la apertura de un nuevo espacio de libertad y de autorrealización

que le había estado vetado hasta entonces a amplias capas de población. La visión clasista de Fernández Flórez refleja así, paradójicamente, la razón del caos y de la confusión en la que se había sumido el mundo burgués de la capital, que el protagonista de su obra tanto añora. La criada expone así toda la violencia contenida contra el marido, quien es denominado, con todo el desprecio implícito en la palabra, como un «burgués», y la señora de la casa, quien recibe el calificativo de «explotadora». Y ello es debido a la esclavitud a la que ha sido sometida durante sus siete años de servicio. Una sumisión que no ha precisado de cadenas explícitas o de una referenciación concreta a dicho estado para existir, pues ha sido manifestada al ser receptora esta mujer únicamente de las sobras del hogar. Este mísero pago por su trabajo es el detonante retardado de la furia que manifiesta en el fragmento citado, y que refleja toda la frustración existente en unas personas que habían pasado demasiados años sin poder ser verdaderamente libres, ni tener ninguna manera de autorrealizarse de algún modo. De esta manera, podemos observar cómo la maldad del ser humano —que Fernández Flórez caracterizaba precisamente por esta ruptura de la jerarquía existente— responde, sin embargo, a una falta de libertad que no coincide con las ideas de maldad que antes hemos esbozado, sino más bien con una voluntad de emancipación como respuesta, precisamente, a una necesidad de afirmación de la propia concepción subjetiva del individuo:

La persona dominada, forzada al medro estratégico, es una persona que tiene razones para andarse con cuidado con lo que dice, una persona que tiene siempre que tener un ojo puesto en complacer a sus dominadores. Es el caso también que la persona dominada, subordinada, es, por supuesto común, una persona que tiene razones para tratar de impresionar favorablemente a sus dominadores y ganar jerarquía en la opinión de éstos. De tal persona presumiremos, naturalmente, falta de voz independiente, al menos en los ámbitos en los que la dominación es relevante. Se abstendrá de reclamar la atención de los más poderosos, incluso para las cosas más básicas, pues fácilmente se la verá como una persona deseosa de llamar la atención: fácilmente se la verá como ven los adultos a los niños precoces. Puede que reciba atención, pero no despertará atención; puede que reciba respeto, pero no despertará respeto (Pettit, 2017: 126).

El mal es concebido en esta novela desde un punto de vista instrumental, que busca utilizar la capacidad referencial del concepto a la hora de construir una imagen política del otro contra el que se construye la obra. El individuo se convierte, de esta manera, en depositario de una visión negativa que no busca encontrar una solución a los problemas que se plantea, sino que se acoge al conformismo como remedio a la incertidumbre provocada por el mundo que le rodea. En este sentido:

El individualismo de don Wenceslao tenía también su lado conservador, que probablemente se fue acentuando. Las cosas están mal para los pequeños personajes

humanos y bien intencionados, pero la rebeldía no resuelve nada; más bien la solución está en una mezcla de resignación y escepticismo que permita acomodarse lo menos incómodamente posible en este mundo (Gomis, 1964: 13).

En esta línea, el aspecto religioso también juega un importante papel en esta construcción, pues Fernández Flórez construye su visión particular del bando republicano desde su demonización, en oposición a la luz simbolizada por Dios. Este otro se convierte en el diablo, y su alejamiento de la fe y de la Iglesia se debe a la fractura insalvable que existe entre él y la divinidad (Alt, 2011: 152). Frente a la naturaleza y a los seres que provienen de ella, la razón libre que lleva al ser humano a alejarse de Dios es en sí misma condenable, como producto de la maldad (Wargo, 1990: 502). El mal, en línea con el pensamiento de Kierkegaard, es un elemento necesario para que el ser humano pueda desarrollarse de manera efectiva (Khan, 1975: 65). La presencia de ambos opuestos, el mal y el bien, es imprescindible para poder garantizar la libertad de elección que promueve la divinidad cristiana (Law, 2010: 369-370); mientras que desde la teología islámica se puede concebir también como un espacio que resalta nuestras incoherencias naturales: «To put it abstractly, evil is the point where the perpetual contradictions of our existence intersect: our knowledge that we are free, our knowledge that we are not; our knowledge that we are masters and creators, and our knowledge that we are frail and transitory beings» (Von Grunebaum, 1970: 117).

Además, la propia concepción del mal como un elemento extrañante dentro de la literatura contrasta con el hecho de que se trate únicamente de una forma de descripción (Horne, 2003: 41). Utilizar a la divinidad como parámetro absoluto de aquello que es bueno —y, por lo tanto, concebir la maldad en oposición a sus actos— puede llevar a la justificación de cualquier tipo de barbarie, tal y como sucedió durante la Guerra Civil, mientras la justificación descansa en la voluntad de dicha divinidad (Kane, 1975: 68-69); todo lo cual dispone a la divinidad como un incómodo árbitro que en cierto sentido debe decidir cuánto y qué tipo de mal permite en la balanza para poder asegurar la opción por la bondad y la libre elección del ser humano (Flemming, 1986: 281). El ser humano y el mal se encuentran, de esta manera, entrelazados, en una concepción del espectro moral que se aleja de otras tesis como las de Ibn Taymiyya para quien, desde la teodicea islámica propone que el mal tendría su origen en la no existencia alejada por lo tanto de la propia existencia de Dios (Hoover, 2007: 195-196). Dentro de la literatura, la racionalización del mal permite observar cómo la definición sobre este mismo resulta subjetiva, y cómo su carácter a priori extraordinario no resulta tal cuando intentamos acercarnos a las razones del mismo (Davis, 2018: 13). Y todo ello dentro de una relatividad del concepto que puede ser enlazada con nuestro presente:

Un personaje neoconservador es Ratzinger. Para él hemos creado una cultura basada en la dictadura del relativismo. No hay referencias claras sobre el bien y el mal; los políticos piensan que pueden dirimir cuestiones que afectan a la naturaleza humana mediante la regla de las mayorías. No se dan cuenta que hay un espacio prepolítico que no se puede traspasar so pena de caer en el totalitarismo (García Santesmases, 2011: 50).

Por todo ello, la relación entre el mal y la divinidad no solo juega un papel importante en *Una isla en el mar rojo*, sino que este nexo permite al protagonista de la novela construir un mundo en el que la ausencia de Dios marca al protagonista, en un camino vital que es elaborado como una huida del infierno. Tras la evasión de Madrid, al dejar atrás todos los meses de guerra que él vivió entre el miedo y el horror al ver en lo que se había convertido la capital, la primera persona que enhebra la obra vive la huida a Francia —concretamente al pueblo costero de Biarritz— como un refugio ante la maldad del hombre, de la que siempre debe huirse. La única escapatoria a este horror, connatural a todos los individuos, tiene en la divinidad el amparo necesario para poder evadirse: «Sabemos que somos codiciosos, crueles, falaces, egoístas, hipócritas, irrespetuosos y violentos. Y salimos de la prueba más alejados de nuestros semejantes y más próximos a Dios, en el que buscamos refugio contra tanta monstruosa inquina» (Fernández Flórez, 1966: 841). El contacto con la monstruosidad, encarnada por los republicanos, es convertido así en una necesaria prueba de fe para poder comprender no solo cómo está conformada la naturaleza intrínseca del ser humano, sino el único remedio posible contra esta manera de ser. La experiencia y el descubrimiento de esta maldad interior le han servido a nuestro protagonista, según él mismo nos explica, para poder descubrir cómo es la realidad que le rodea, y terminar de demonizar a un otro que muestra toda su aberración al haberse alejado de la divinidad:

¡Olvidar! ¿Se podría olvidar...? Pero esa innumera legión de fantasmas con los ojos saltados, con las lenguas cortadas, con los pies y las manos atravesados por los clavos de la crucifixión sobre los muros de las iglesias, con el sudario de las llamas que los quemaron, con el enloquecido gesto de los enterrados en vida, con el cráneo, el pecho, el vientre cribados por las balas de los asesinos, con la afrenta de las violadas, con la desesperación de las viudas y de los huérfanos. (sic.) tiene ya su parcela en el campo de los horrores de la Historia humana. Y allí están y allí estarán por los siglos de los siglos, inmóviles, obstinados, indestructibles, sin que cualquier interpretación o cualquier parcialidad pueda hacerlos desaparecer, como nada puede hacer que desaparezca la mancha de sangre en las manos de Caín. De Caín, menos cruel, porque mató sin martirio (Fernández Flórez, 1966: 841-842).

El maniqueísmo de la obra se construye así a través de una ausencia de grises que separa la visión del hombre en dos claros grupos diferenciados: aquellos, representados por el

protagonista-narrador y su mundo burgués, que son capaces de reconocer la maldad intrínseca de todos los individuos y se acercan a Dios para poder contrarrestarla; y los otros, quienes han decidido alejarse de la religión y de la fe y, por lo tanto, se muestran como monstruos desprovistos de cualquier atisbo de humanidad. Debido a ello, las descripciones de la obra, como se puede ver en este fragmento, no ahorran en toda clase de adjetivos peyorativos y de imágenes extremas de barbarie que permitan visualizar este extremo de maldad con el que se quiere significar al bando republicano. Las metáforas parecen ser insuficientes a la hora de representar tal degeneración humana, la de aquellos que son responsables de las matanzas de sacerdotes llevadas a cabo durante la guerra, cuyo recuerdo y sufrimiento se representan enhebrados entre las metáforas religiosas y su revestimiento como mártires de la fe, hasta ser convertidos en representantes y arquetipos de todo el sufrimiento provocado durante el conflicto. El asesinato de los sacerdotes –cometido principalmente durante los primeros meses de la Guerra Civil– es elegido como ejemplo paradigmático del horror provocado por los republicanos, en clara contraposición a la visión que sobre el estamento religioso existía en amplias capas de la población española —y que explica el intenso odio desatado contra ellos tras el golpe de Estado—: «The theory went that the clergy were the epitome of all human vices and wickedness, the corrupting elements responsible for all the country's ills. Poverty, injustice, misrule, and now war, could be more easily endured and even explained away, if those ills could be personified in a specific group of people» (De la Cueva, 1998: 367).

El crimen cometido por los republicanos es expuesto así a través de un discurso que, por sí mismo y por su vehemencia, decide huir de la realidad y de los hechos particulares en sí para imponerse como única verdad y narración posible de los hechos, como se afirma al final del fragmento que hemos recogido. El maniqueísmo del discurso termina así su construcción parcial e interesada de la realidad al romper definitivamente con esta, al aceptar que es en la palabra y no en la materialidad donde puede encontrar acomodo, pues la búsqueda de una verdad irrefutable y sencilla sobre lo sucedido le ha llevado a esa disposición. La verdad sobre el mundo, siempre difícil de aprehender (Asay, 2014: 157-159), es así definitivamente sustituida por una palabra que en sí misma se ha convertido en creadora. Y todo este proceso acaba, al igual que la novela, al presentar el contrapunto a toda la imagen degenerada y horrible que se ha ido construyendo de la España republicana. Así es descrita, en oposición, la España sublevada, desde la utopía y la irrealidad que le dan vida:

Yo estuve en la España Nacional, en nuestra España. He visto la alegría y la fe de los que marchan a defender todo eso que tú supones desterrado de la Humanidad; he visto socorrer al desconocido que llega aún con horror en los ojos, dejando en la otra zona su fortuna, su hogar, sus deudos asesinados; he visto al prójimo atender el hambre y el dolor ajenos. Y mujeres que arriesgan su vida en hospitales de sangre y que se olvidan de su belleza y de su posición entre los enfermos y los heridos, en la retaguardia, y madres que alzan sobre su dolor el recuerdo de los hijos muertos, para ofrecérselos a la patria. Tú conociste la faz terrorífica de una medalla que tiene su reverso. Y cuando estés allí, entre los nuestros, renacerá tu fe, más acrecentada que antes (Fernández Flórez, 1966: 847).

La ausencia de maldad —a pesar de las repetidas afirmaciones de nuestro autor sobre su origen connatural a todo ser humano— se convierte así en el principal rasgo de una nueva sociedad donde la bondad es el único rasgo que se puede apreciar entre sus individuos. Los buenos y los malos no solo se encuentran al final claramente diferenciados dentro de la narración, sino cada uno tiene su correspondiente España, dos espacios diametralmente opuestos. Este juego de extremos lleva la literatura a un mundo en el que la propaganda y el discurso vacío han triunfado, y han olvidado casi cualquier atisbo de referencia con la realidad. El pesimismo de nuestro protagonista es contrapuesto así a otra visión del mundo y del ser humano que proviene de la presencia del orden y de la fe católicas, responsables de tal cambio frente a la España que ha sido narrada en el resto de la novela. Un paraíso en la Tierra con el que se termina de construir, por oposición, el mito franquista que sirvió de justificación al golpe de Estado y a la posterior contienda civil; pues, como los manuales de estudio editados durante la dictadura explicarán: «Las causas principales del Alzamiento fueron dos: la necesidad de restablecer el orden en España y la de impedir que nuestra Patria cayese en manos del comunismo», ya que: «El Alzamiento Nacional fue completamente necesario, porque todos los intentos pacíficos de restaurar la justicia en nuestra Patria habían fracasado, y solamente una reacción armada y decidida podía impedir la ruina de España» (Álvarez, 2017: 487).

En definitiva, la visión que presenta Wenceslao Fernández Flórez en *Una isla en el mar rojo* sobre el otro republicano responde a una visión maniquea y propagandística de la contienda que busca en la clara separación entre bandos el soporte moral para poder llevar a cabo cualquier tipo de ataque o represión contra el contrario —tal y como los ejércitos franquistas estaban haciendo—. La realidad se deshace ante los ojos del lector a lo largo de unas páginas que mezclan el recuerdo novelado de la represión que efectivamente sufrió este autor por parte de las milicias madrileñas con la extrapolación de un mal y la adscripción de una maldad inherentes al exogrupo que convertía a sus contrarios en seres desprovistos de toda humanidad. El mal es instrumentalizado por Fernández Flórez —desde una visión pesimista sobre el ser humano— como herramienta de lucha

contra aquellos que, en su visión clasista de la sociedad, encontrarían en este rasgo la razón de su subordinación, de tal manera que sus intentos de escapar de una clasificación entendida como natural pueden recibir la condena sobre la que se estructura el conjunto de la novela. Todo ello en una constante comparación que, como se puede observar en este último fragmento que transcribimos a continuación, contrasta la monstruosidad con la que son descritos los republicanos con la inocencia y pureza de una joven a la que califican de fascista; una España imaginada, utópica e ideal —la España Franquista— frente a la degradación de la España republicana presentada como realidad:

Sí. Esto era lírico. Tenía un sabor literario. ¡Qué emoción nueva, de alto destino, le llevaría el aire libre y peligroso de la montaña desde la que acechaban los homicidas fusiles! Pero... ¿dónde estaban las imágenes de su ensueño? ¿Con qué inmundos seres las había sustituido la realidad?... Individuos que vociferaban interjecciones groseras, alientos tabernarios, la blasfemia como ostentación de hombría, la burla hasta contra la evidencia de una educación superior que había en aquella muchacha.

— ¡Vamos, compañera: menos dengues! Tienes prejuicios fascistas. Eso se acabó.

Tomaron de ella lo único que de ella les interesaba y lo único que en ella veían: su cuerpo de diecinueve años, limpio grácil (sic.). Lo tomaron allí, en medio del campo, la primera noche que llegó. Se avisaban los milicianos unos a otros:

—Hay una tía guapísima que vino vestida de enfermera... (Fernández Flórez, 1966: 596).

BIBLIOGRAFÍA

- Alt, Peter-André (2011): «Mephisto's Principles: On the Construction of Evil in Goethe's Faust I», en *The Modern Language Review*, 106: 149-163.
- Álvarez, Antonio (2017): *Enciclopedia Álvarez. Tercer Grado*, Madrid, Edaf.
- Arendt, Hannah (1958): *The Origins of Totalitarianism*, Cleveland, The World Publishing Company.
- Asay, Jamin (2014): «Against "Truth"», en *Erkenntnis*, 79: 147-164.
- Babic, Johan (2004): «Toleration vs. Doctrinal Evil in Our Time», en *The Journal of Ethics*, 8: 225-250.
- Beevor, Antony (2006): *The Battle for Spain*, Londres, Orion Books.
- Bernstein, Richard J. (2002): «Reflections on Radical Evil: Arendt and Kant», en *Soundings*, 85: 17-30.
- Casanova, Julián (2014): *Historia de España. República y guerra civil* (vol. 8), Barcelona, Crítica/Marcial Pons.
- Colmeiro, José (2013): *Memoria histórica e identidad cultural*, Barcelona, Anthropos.
- Cuesta, Josefina (2008): *La odisea de la memoria*, Madrid, Alianza Editorial.
- Davis, Madison J. (2018): «Where Is a Bad Guy When You Really Need One? Antagonists and Master Criminals», en *World Literature Today*, 92: 12-14.
- De la Cueva, Julio (1998): «Religious Persecution, Anticlerical Tradition and Revolution: On Atrocities against the Clergy during the Spanish Civil War», en *The Journal of Contemporary History*, 33: 355-369.
- Fernández Flórez, Wenceslao (1966): *Obras completas. Tomo IV*, Madrid, Aguilar.
- Flemming, Arthur (1986): «Omnibenevolence and Evil», en *Ethics*, 96: 261-281.
- Formosa, Paul (2007): «Understanding Evil Acts», en *Human Studies*, 30: 57-77.
- Foucault, Michel (2004) : *Philosophie (anthologie)*, Paris, Gallimard.
- García Santesmases, Antonio (2011): «Religión y espacio público: los nuevos retos del laicismo», en *Viento Sur*, 114: 43-52.
- Garrard, Eve (2002): «Evil as an Explanatory Concept», en *The Monist*, 85: 320-336.
- Gimelli Martin, Catherine (2016): «The "Reason" of Radical Evil: Shakespeare, Milton, and the Ethical Philosophers», en *Studies in Philology*, 113: 163-197.
- Gomis, Lorenzo (1964): «Crónica: Wenceslao Fernández Flórez», en *El Ciervo*, 126: 13.
- Hoover, Jon (2007): *Ibn Taymiyya's Theodicy of Perpetual Optimism*, Leiden, Brill.

- Horne, Brian (2003): «On the representation of evil in modern literature», en *New Blackfriars*, 84 (983): 30-42.
- Kane, G. Stanley (1975): «The Concept of Divine Goodness and the Problem of Evil», en *Religious Studies*, 11: 49-71.
- Kelsey, Morton T. (1974): «The Mythology of Evil», en *Journal of Religion and Health*. 13: 7-18.
- Kershaw, Ian (2015): *Hitler*, Barcelona, Península.
- Khan, Abraham H. (1975): «Kierkegaard's Conception of Evil», en *Journal of Religion and Health*, 14: 63-66.
- Law, Stephen (2010): «The evil-god challenge», en *Religious Studies*, 46 (3): 353-373.
- Long, A.A. (1968): «The Stoic Concept of Evil», en *The Philosophical Quarterly*, 18 (73): 329-343.
- Mackenzie, J.L. (1911): «The Meaning of Good and Evil», en *International Journal of Ethics*, 21 (3): 251-268.
- Martínez Cachero, José María (2009): *Liras entre lanzas. Historia de la Literatura «Nacional» en la Guerra Civil*, Madrid, Castalia.
- Newman, Jeffrey (2014): «Hannah Arendt: Radical Evil, Radical Hope», en *European Judaism*, 47: 60-71.
- Pena-Ruiz, Henri (2008): «Los retos del laicismo y su futuro», en *Revista Internacional de Filosofía Política*, 31: 199-218.
- Pettit, Philip (2017): *Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno*, Barcelona, Paidós.
- Perrett, Roy W. (2002): «Evil and Human Nature», en *The Monist*, 85: 304-319.
- Preston, Paul (2011): *El holocausto español*, Barcelona, Debolsillo.
- Said, Edward (2010): *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo.
- Schott, Robin May (2008): «Just War and the Problem of Evil», en *Hypatia*, 23: 122-140.
- Shakespeare, William (2007): *The Tempest*, Londres, Penguin Books.
- Singer, Marcus G. (2004): «The Concept of Evil», en *Philosophy*, 79 (308): 185-214.
- Stanley, Jason (2018): *Facha. Cómo funciona el fascismo y cómo ha entrado en tu vida*, Barcelona, Blakie Books.
- Thomas, Hugh (2018): *La Guerra Civil española*, Barcelona, Debolsillo.
- Trapiello, Andrés (2010): *Las armas y las letras*, Madrid, Destino.
- Treloar, John L. (1988): «Tolkien and Christian Concepts of Evil: Apocalypse and Privation», en *Mythlore*, 56: 57-60.
- Von Grunebaum, G. E. (1970): «Observations on the Muslim Concept of Evil», en *Studia Islamica*, 31: 117-134.



Wargo, Robert J.J. (1990): «Japanese Ethics: Beyond Good and Evil», en *Philosophy East and West*, 40: 499-509.

SOBRE EL AUTOR

Francisco David García Martín

Francisco David García Martín es graduado en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca, y en Geografía e Historia por la UNED. Además, obtuvo el Máster en Literatura Española e Hispanoamericana, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, también por la Universidad de Salamanca. Actualmente es PDI predoctoral del Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada del Departamento de Lengua Española de la Universidad de Salamanca. El trabajo de tesis que lleva a cabo se centra en la relación entre literatura e historia que se puede observar en los textos de los últimos meses de la Guerra Civil española, en torno al golpe de Estado del coronel Segismundo Casado. Su línea principal de investigación se desarrolla en torno a la capacidad de la memoria como instrumento tanto para comprender el pasado como el presente, a través tanto de textos memorialísticos como ficcionales. Asimismo, investiga sobre la capacidad del género de la ciencia ficción española e hispanoamericana para proyectar muchos de los problemas y dilemas que sufre nuestra sociedad actual.

Contact information: Universidad de Salamanca, Plaza de Anaya, s/n Salamanca, 37008, fdgarcia@usal.es